

## EPISODIOS MUNICIPALES.

### ENTRADA DE FERNANDO V. EN LORCA.

(CONCLUSION.)

*Juva miseris, argue pusilanimis:* Desafiamos al más estirado epigrafiata á que ponga un mote más significativo, más adecuado, y más en armonía que este, grabado en la célebre Campana del Pósito, hoy existente en la torre de la insigne iglesia de S. Patricio.

En aquellos tiempos en que no había Administración, y en que cada una de las ruedas del estado rodaba por sí, sin engranar unas en otras, esponiéndose de esta manera á pararse todas ó hacer saltar el artificio, cuando alguno de los dientes se alarga más de lo conveniente; en aquellos tiempos, repetimos, sucedía una cosa fenomenal, y era que el Concejo de Lorca tenía dineros, y además tenía trigo y cebada, y... buena voluntad; pero eran tontos, puesto que daban aquel trigo y aquella cebada, y á veces aquellos dineros á todo el vecino labrador y pobre que los pidiera para sembrar ó para *remediarse*; y lo daban casi de balde, porque de balde era dar despues de la cosecha un celemin por cada una de las fanegas de grano que hubieran sacado. ¡Qué diría de esto un Economista! Y sobre todo ¿cómo era posible *administrar bien*, sin tener una oficina con tres porteros, cinco auxiliares, cuatro oficiales, y siete temporeros (por supuesto todos de plantilla) sin contar con otros tantos para *tocarse por la oficina* en ciertos y determinados dias? Convengamos en que la cosa no podía ir bien, estando como estaba entonces la oficina *montada* por un Regidor de *Mes* y un Notario eclesiástico, para que llevase apuntaciones tales como:

•A *Santiago Catillo*, cuatro de cebada:•

•A *margarita* la de *Digo Marata*, una trigo. • & &. Y para repartir este grano tocaba la campana, avisando á los necesitados para que

acudiesen á ser socorridos, y volvía á tocar desde mediados de Julio y todo Agosto para que lo devolviesen y darlo de nuevo en Noviembre á otros pobres, ó á ellos mismos, si lo necesitaban, y de esta suerte no tenían que salir los comisionados en su burra y sus aguaderas á cobrar al campo: esto por lo del *Juva miseris*.

En cuanto á la otra parte, tiene tambien su moral: sabido es que por más de trescientos años fué Lorca plaza fronteriza del Reino de Granada; por consiguiente los lorquinos todos eran hombres de armas tomar, y todo aquí llevaba el sello de la guerra, no de papel mojado como ahora; sucedía, pues, que cuando se temía alguna irrupcion de los moros en el término, ó habia algun acontecimiento alarmante ó de importancia, tocaba á rebato la campana del Pósito, y todo vecino capaz de llevar las armas tenía obligacion de presentarse con ellas en la plaza, y como todos estaban apuntados por parroquias, no cesaba de tocar la campana hasta que el capitán á guerra no decia que estaban todos, de modo que, salvo los enfermos ó ausentes, ninguno faltaba, porque no se digera de él, que era cobarde (*pusilanimis*, en latín) y hé aquí el *Argue pusilanimis* de la histórica campana.

Dados estos antecedentes, que para nada se necesitaban, bastando con decir que momentos antes de dar las doce de aquel día empezó súbita é inesperadamente á tocar rebato, comprenderemos la alarma y agitacion en que se pondrían todas las gentes, viéndose acudir á la Ciudad por todas partes multitud de hombres armados, quien de mosquetes, quien de picas ó partesanas; pero donde más gritería se armò fué en las parroquias altas, aquello era un *maremagnum* de gritos, de preguntas, de opiniones, y de dichos.

—¡Madre Huertas! subía diciendo un muchacho, corriendo á más correr con la vasija del aceite en la mano, ¡Los moros! ¡los moros que vienen!!

—Madre Juana, ¿y los moros son coloraos? Yo los estoy viendo desde aquí! Y todo el grupo de vecinas dirigió su vista hácia donde aquel chicuelo señalaba.

—Calla, tonto, que aquellos son ababoles.

Pero la algazara seguía, y el adarve de la parroquia de Santa María se llenaba de gente, esperando verlos asomar en la dilatada planicie de la huerta.

—¡Ea! tenganse todos; que no son moros los que vienen, sinó muy cristianos viejos como nosotros, dijo el Arcipreste Juan Vátero, asomando á una de las ventanas de la torre su cara de bendito.

—Padre Juan, ¿qué es? porque tocan? preguntaron todas.

—El mismo Rey en persona que viene, y mañana subirá á la parroquia, como que tengo las velas; (y enseñó un manojo de ellas en la mano;) andad y barrer vuestras puertas, y mudaos mañana con vuestros jubones y mantos nuevos, porque al rey no le gusta

que sus vasallos sean sucios, y porque además, dice el Misal: *quo ad intrà, quo ad extrà*, es decir, para que lo entendais, que debemos tener limpio el cuerpo y la conciencia.

—¡Ay, qué bueno es el Rey! dijo una de aquellas mugeres.

—Como que lo ha visto mi Anton, contestó otra, en Caravaca y dice que es muy llano.

Mientras estas escenas tenían lugar en el atrio de Santa María, otros grupos más numerosos, en las inmediaciones del castillo de Alcalá, y en la Velica, fijaban su atención en dos grandes ahumadas que se levantaban en el *Puerto de los Yesares*, y al mismo tiempo distinguían en la llanura las enhiestas figuras de tres ginetes armados, caminando en dirección á ellas.

Media hora habría transcurrido desde que aquellos caballeros habían desaparecido por encima de las colinas de Serrata, cuando á través de una espesa polvareda empezó á presentarse una gran masa negra, que replegándose y alargándose como una gigantesca serpiente, bajó la cuesta y se extendió al pié de la sierra, á uno y otro lado del camino; algunos minutos despues otra más numerosa y compacta empezó á bajar, y la primera se movió formando una estensa línea paralela á la sierra; avanzó la segunda, y tras de ella otra dividida en multitud de grupos, cubriendo la retaguardia la primera, é incorporadas todas, empezaron á marchar por los áridos llanos de Serrata, siguiendo las sinuosidades y tortuosidades del camino; fácil es de comprender que aquello era el ejército que acompañaba al Rey Católico á la conquista de Granada, y si alguna duda quedára, la desvanecería el brillo de las armas y las banderas que flotaban sobre aquella muchedumbre. Interin atraviesan los cinco kilómetros que los separan de la ciudad, veamos las disposiciones que los Señores del Concejo habían adoptado para cumplir su acuerdo.

Toda la gente de armas estaba distribuida en la muralla y castillos de la Ciudad, las puertas de esta todas cerradas, y únicamente abierta aquella por donde había de entrar el rey, en un principio se quiso fuese por la puerta de la Magdalena, inmediata al Beaterio, y así lo decía el bando; pero en vista del gran rodeo que tendría que dar S. A. y de ser harto pequeña para que pasase la gente de á caballo, se determinó fuera la inmediata al Convento de la Merced.

Aquí era donde esperaban á Su Alteza, vestidos de ceremonia, el Alcalde Jorge de Vergara, los muy Ilustres Señores Lorca, el Reverendo Clero, los Caballeros é Hijo-dalgos, y multitud de pueblo; sacóse del convento una mesa de altar con su paño encarnado, sus candelabros correspondientes, una *muy devota cruz de cristal*, y un misal; revistióse de una capa pluvial recamada de oro el Sr. Arcipreste Juan Valero, y los demás beneficiados con sus roquetes y sobrepellizes.

Cerca de las dos de la tarde serian, cuando llegó á galope uno de los tres caballeros que se habían visto ir hácia Serrata, habló con el Alcalde é inmediatamente este con todos los que le acompañaban salieron fuera de la muralla, colocandose al lado de la puerta: el Arcipreste tomó la cruz y el misal y seguido del Clero se puso inmediato á los Sres. del Concejo, que todos estiraron sus garnachas, y perfilaron sus respectivas personas.

Oyose á lo lejos ruido de atambores y trompetas, y resonò un nutrido ¡Viva! dado por el ejército castellano, que hizo alto en la orilla izquierda del rio, precisamente donde ahora está la muralla del Barrio y la Virgen de la Peña; á su cabeza estaban el Adelantado de Castilla D. Pedro Lopez Padilla, y el Comendador D. Gutierre de Cárdenas.

Imponente era el silencio que se advertía en la gente que coronaba las murallas y Castillo de Alcalá, con los mosquetes, arcabuces y ballestas preparadas, como si fuesen á rechazar un asalto; los soldados no podian esplicarse la causa de aquel recibimiento, al parecer tan fuera de lo que esperaban de una ciudad amiga; atravesaron el rio veinte ginetes armados y con sobrevestas de fajas encarnadas y amarillas, al frente de los cuales iba D. Gonzalo de Ayora, capitán de las Guardas de la Real Persona, y un trompeta; desplegaron dando frente á los Señores que esperaban en la puerta, y vióse al ejército batir marcha y presentar las armas, conforme iba pasando un numeroso grupo de caballeros escoltados por mas de sesenta guardas armadas como las anteriores: allí iba el Rey de Aragon y de Castilla, acompañado de los magnates de su corte, de los grandes Maestres de Alcántara, Calatrava y Santiago, el conde de Castro, el duque del Infantado, el marqués de Cadiz, D. Pedro Chacon, Adelantado de Murcia, y otros muchos.

Montaba el Rey un brioso caballo alazan, y vestía un traje de piel anteada, un tabardo ó sobre-todo de terciopelo carmesí, y pendiente de un cinturon bordado de plata la espada; adelantòse el Rey, seguido de Miguel Perez de Almazan, su Secretario privado, Señor de la villa de Maella, y de Jorge de Alarcon, señor de Fuentecillas, su Camarero: al aproximarse, todos hincaron su rodilla en tierra, y Bartolomé Ruiz, en nombre de la Ciudad, le dijo con muy grande acatamiento:

»Muy alto, poderoso y esclarecido príncipe, nuestra Ciudad de Lorca con muy humilde reverencia besa las escelentes manos de V. A. y dá gracias à Dios y á su bendita Madre, porque continuando V. A. la guerra contra los infieles se ha dignado visitarnos. La ciudad de Lorca pide á V. A. haya por bien de jurar, guardar y observar los privilegios, cartas, mercedes, exenciones, libertades, usos y buenas costumbres, que los Señores Reyes, de gloriosa memoria, antepasados de V. A. le dieron y concedieron. Otrosí, muy soberano Príncipe, suplica la Ciudad y vecinos de

ella, se sirva V. A. jurar y prometer, que no hará jamás merced de ella, ni de sus términos, ni de sus fuentes y aguas, ni las dará á ninguna persona, sino que la conservará siempre á su servicio y de su real corona.

»Muy poderoso Señor, la Ciudad con humilde reverencia, ruega á V. A. mire y se acuerde que siempre ha estado muy á su servicio, haciendo guerra á los moros enemigos de nuestra santa fé, y plegue á V. A. de jurar guardar á esta vuestra ciudad todo lo suplicado y pedido, y que V. A. se lo prometa y jure.»

Inclinado sobre el arzon delantero de la silla escuchó el Rey la petición de Lorca, y acabada que fué, quitóse la gorra de terciopelo que cubría su cabeza, y puesta la mano derecha sobre el libro que le presentó el Arcipreste, *Lo juro, cual lo pedís*, dijo en voz alta.

El Alférez mayor alzó entonces el pendon azul, que D. Juan 2.<sup>o</sup> había regalado algunos años antes á la ciudad, y vuelto al Concejo y á la muchedumbre, que estaba presente, gritó: *¡Lorca por el Rey de Castilla D. Fernando!* Un entusiasta y atronador *¡Viva!* se oyó en la muralla y en todos los alrededores; las campanas de la inmediata iglesia de la Merced, las de S. Juan y de todas las parroquias confundieron sus sonidos con las trompetas y demás instrumentos marciales, y precedido del Concejo y del Clero y seguido de su ejército entró el Rey en la Ciudad.

La puerta por donde entró, llamada en tiempo de los moros de la *Al-sequeia*, ó de la *Fuente*, porque en ella estaba la del agua de la Fuente del Oro, fué llamada despues de la *Azacáya*, corrupto del árabe; cuando se fundó el convento de la Orden aragonesa de la Merced, los frailes en honor de la Santa Martir de Mérida le llamaron de *Santa Eulalia*, y es precisamente la misma que el Padre Morote dice que llamaban los moros *Puerta nueva*, por donde entró Sancho Mazuelo; estaba á unas sesenta varas distante del convento, próxima a dos bastiones, que aun se conservan en la muralla que dá á la calle de los *Pozos*.

La comitiva siguió por esta calle y la de la *Zapatería*, inmediata á la muralla, hasta desembocar en lo que se llamaba la *Plaza de adentro*, que era todo el espacio que ocupa ahora la antigua plaza de la Verdura, parte de S. Patricio, y la plaza del Caño, donde estaba la casa del Concejo, en la cual, segun todas las probabilidades, se alojaria el Rey; pues aunque entonces no andaban con tanto boato, ni comían tanto, este era el edificio más capaz y decente que había en la poblacion para albergarlo, dado que el palacio del Obispo, sito en la calle de *Gomeles*, esquina al porche de *S. Jorge*, había sido incendiado algunos años antes.

La mañana siguiente era de ver la bulla y algazara que había en todos los vecinos de Santa María, porque el Rey subía á Misa

á la parroquia; conforme al consejo del Padre Juan, todas habían barrido y rociado sus puertas, y puestose sus mejores ropas: los hombres se *habían mudado*, y llevados de un poquito de vanidad habían puesto, como al descuido, en la puerta de la calle y en las entradas de las casas las armas y prendas cogidas á los Moros; la calle mayor y toda la carrera estaba alfombrada de tallos de regaliz y de taráy; las ventanas y los tejados de las casas lucían vistosas colchas de vivos colores, y de indefinible dibujo, y las lejas y tinageros *daban encanto* con sus jarros de flor de retama, de yerbabuena y eneldo.

A las nueve de la mañana el Rey, con el Concejo y los Capitanes de su ejército, subió á la parroquia, donde ya lo esperaba la Clerencia para recibirlo como era debido: la iglesia estaba, como se dice comunmente, hecha un *ascua de oro*. El retablo mayor y sus bóvedas aristadas de puro estilo ogival, ostentaban sus bellas pinturas al fresco, representando escenas de la vida de la Virgen y de Nuestro Señor: multitud de gente llenaba las naves y á duras penas podía penetrar el acompañamiento.

Fernando 5.<sup>o</sup>, y á su ejemplo todo el pueblo, se arrodilló ante la imágen de la Santísima Virgen María, que era la que ahora se conoce con el nombre de *Virgen de la Pera*: el Sr. Arcipreste Juan Valero, con sus diáconos, cantó una Misa, del modo más grave y solemne que supo, y concluida, un paje con librea real acercó á S. A. un azafate, cubierto con un paño de seda encarnado; tomólo el Rey y diólo al arcipreste, que lo colocó, descubierta en medio del altar; contenía varias alhajas para el servicio del culto, de gran valor artístico, entre ellas una hermosa cruz procesional, que fué la admiración de todos los que estaban presentes, y la alegría de los futuros parroquianos.

En medio de aclamaciones y repiques de campanas volvió el Rey á bajar por la calle mayor, recibiendo con su bondadosa sonrisa las muestras de respeto y cariño de todos los habitantes. Detuvo en Lorca algunos días, esperando aviso de Granada, y en este tiempo se alistó toda la gente de á pié y á caballo con que la ciudad contribuía á la conquista; gente aguerrida y esperta en la lucha con los moros, que tuvo ocasion de manifestar su valor en Vera, Guadix y al pié de los muros de Granada, y singularmente en la conquista de Baza, donde Mateo de Alcaráz, uno de los capitanes de Lorca, libró á la Reina Isabel que había sido sorprendida en una emboscada por los moros; la misma señora lo armó Caballero al frente de su ejército, y le nombraba *mi Adalid*.

Aquí damos fin á este episodio, haciendo votos, porque no olvide nunca Lorca su *dignidad* y valor cívico.

A LA RAZON HUMANA. (1)

¡Razon! Destello sublime  
 Del Sumo Ser increado,  
 En el hombre colocado  
 Para iluminar su ser:  
 Si Homero, Dante, ó el Tasso  
 Su inspiration me prestára,  
 ¡Con cuánto placer cantára  
 Tú inmensurable valer!

Mas ¡ay! que es torpe mi lengua  
 Y pobre mi fantasía,  
 Para cantar tu valía,  
 Cual merece tu fulgor:  
 Y temo que al intentarlo,  
 Si me miras irritada,  
 Del rayo de tu mirada  
 Me anonade el resplandor.

Y tan solo mi entusiasmo,  
 Al recordar las victorias  
 Y las legítimas glorias  
 Que por ti el hombre alcanzó,  
 Me hace arrostrar tus enojos,  
 Y los del público sábio:  
 Oye, pues, lo que mi labio  
 A cantarte se atrevió.

Era el tiempo todavía  
 En que en la cuna te hallabas  
 Y de hombre y mundo empezabas  
 Los misterios á sondar,  
 Y ya Platon tus ideas  
 Innatas reconocía,  
 Y Arquímedes ofrecía  
 La tierra entera pesar.

(1) Esta poesia fué leida por su autor en una de las veladas científico-literarias, celebradas en el Ateneo.

Alzando la vista al cielo  
 Dijo el hombre (aun en tu infancia)  
 Con satànica arrogancia:  
 «El cielo gira tras mí  
 Y cuando en la humanidad  
 Llegaste á la edad madura,  
 La dijiste: «¡criatura!....  
 Tú eres quien giras; tú... sí...

—  
 Cayó un día una manzana  
 De Isaac Newton en la frente;  
 Del gran Newton, cuya mente  
 Iba de tu ruta en pos;  
 Te halló, y dijiste: «la fuerza,  
 Que á la manzana derriba,  
 Es... la que mueve allá arriba  
 Los astros, que creó Dios.»

—  
 Y á Kepler le revelaste  
 Las leyes del firmamento,  
 Y en su propio pensamiento  
 A Descartes las del Yo;  
 Y á Leibnitz del infinito  
 El poderoso amuleto,  
 Y del reloj el secreto  
 Huygens por tí descubrió.

—  
 Y Picard midió la tierra,  
 Y Pascal asombró al mundo,  
 Con el precoz y fecundo  
 Talento, que debió á tí:  
 Y por tí brillan cual soles  
 Del espíritu en la historia  
 Y del sábio en la memoria  
 Euler y los Bernouilli,

—  
 Y por tí el gran Galileo  
 (Cual la infeliz Hipatia)  
 De la intolerancia impía  
 Rudos golpes recibió:  
 Pero eterna é inmutable,  
 Por tu divinal esencia,  
 En él y por tí, la Ciencia  
 Al fanatismo venció.

Y por tí el rayo arrebató  
 Franklin al Omnipotente;  
 Y por tí, la inclitamente  
 De Colon, un mundo halló:  
 Y por tí de Kœnigsberg  
 El filósofo profundo,  
 Del grande y pequeño mundo  
 Los arcanos descubrió.

—  
 Y Scheling, Hegel y Krause  
 —Sus ilustres sucesores,—  
 Aun cuando tengan errores,  
 Que al fin... del hombre es errar!  
 Han abierto á tus dominios  
 Una extension tan gigante,  
 Que cual águila arrogante  
 Libre ya puedes volar.

—  
 Y medir cielos y tierra,  
 Y pesar soles y mundos  
 Y afirmar... que en los profundos,  
 Dó la vista osa llegar,  
 Mientras que dá el corazon  
 Una de sus vibraciones,  
 Dá... ¡millones de millones!  
 El Eter para alumbrar.

—  
 ¡Salve, pues, Razon humana,  
 De la Divina destello!  
 ¡Salve, presente el mas bello  
 Que al hombre hacer pudo Dios!  
 A la humanidad perdona,  
 Si en siglos no supo usarte;  
 Hoy que sabe ya emplearte,  
 No temas... vá de tí en pos.

—  
 Y perdonadme así mismo,  
 Maes de eminentes sabios,  
 Si se atrevieron mis labios  
 Vuestra grandeza á cantar;  
 Que si en algun caso es cierto,  
 Que el fin los medios abona,

Por la gloria que os corona,  
 ¿No me podreis perdonar...?

—  
 JOSÉ ANDRÉS IRUESTE.

## ECONOMIA POLITICA.

### I.

Comenzaba apenas la aurora de la vida humana, cuando el génio del mal tendió sus negras alas sobre la tierra; la fé, ese iris de consoladora esperanza en el nebuloso cielo de la vida, y la obediencia, ese acto meritorio de nuestra voluntad, que habian de ser la base de nuestra futura dicta, vacilaron al impulso de sus huracanes, y la tierra se conmovió, y los cielos vistieron sus mas tristes colores, al presenciarse la ingratitude primera, la primer rebeldia, el pecado primero de nuestros primeros padres.

En castigo de tan horrenda culpa, la especie humana sufrió la más triste y lamentable transformacion: su naturaleza física se hizo débil y sensible á las necesidades materiales, y la ley del trabajo, y por consiguiente la de la industria, quedóle impuesta por providencial decreto, como perdurable condicion de su existencia.

Con aquella gran catástrofe se liga, pues, el origen de los elementos de la Economía política; pero hasta el siglo XVI de nuestra era, apenas se halla en la historia del género humano, tal ó cual otra disposicion perteneciente á esta ciencia, tal ó cual otro de sus principios medianamente desenvueltos, que no revelan se conociera suficientemente la influencia, que la produccion de la riqueza y demás verdaderos fines de la Economía, tienen para la buena organizacion de los estados, y para el progreso de los pueblos. El reunir en un solo haz todo el disperso caudal de sus conocimientos; el elevarse en fin á la categoria de ciencia, no tuvo lugar hasta el siglo XVIII.

No nació sin embargo de un golpe, como Minerva de la cabeza de Jupiter: dos siglos há, cuando menos, ocupaba esta idea la mente de los hombres pensadores, y elaboraronse los elementos con que habia de crearse. Los adelantos en Geografía y Na-

vegacion, la aparicion de la ciencia de gobierno, el establecimiento de una fortuna pública separada de la particular, el aumento de necesidades y de los elementos de riqueza, agregado á otras poderosas causas, tuvo efectivamente que traer la formacion de una ciencia, que en primer término tiende á ocuparse del bienestar de las sociedades.

Parece, sin embargo, extraño que, aun con anterioridad á esos acontecimientos, no se hubiera conocido la bondad y conveniencia de la Economía, estimados sus principios y descubiertas sus teorías científicas, tanto más registrando, como registra la historia, la vida de algunos antiguos pueblos, cuya grandeza es aun admiracion de los presentes tiempos. Pero si bien se examina, si juzgamos con recto y filosófico espíritu esas edades, las ideas y principios que sustentaron, y los hechos realizados en la humanidad durante esos largos periodos de la historia, nuestra extrañeza desaparece, y el fenómeno se nos explica facilmente.

Grecia y Roma son, digamoslo así, los dos pueblos que sintetizan, y que más se destacan en la historia de la humanidad, en el sentido á que nos referimos. No puede negarse á la primera, que fué efectivamente la antorcha del saber humano, la cuna y emporio de la ciencia, el pueblo del Arcópago, la patria de los sabios, de los grandes filósofos y de tanta inteligencia privilegiada, que han admirado y admirarán eternamente las generaciones humanas. No puede tampoco desconocerse, que la gloria de sus triunfos guerreros, no fué en la otra la única, ni la más grande de sus glorias; puesto caso que la aureola del génio brilló tambien imperecedera sobre la frente de sus legisladores, de sus oradores y poetas.

Todo ello, sin embargo, no fué, no pudo ser bastante á dar á conocer á esos dos grandes pueblos, entre otras cosas, lo que era la Economía política, ni realizar sus fines; porque esto no podía ser conocido, no podía ser realizado, por los que, faltos de la luz de la verdad moral, marcaban con signo de ignominia el ejercicio de las industrias; por los que condenaban á envilecimiento el ejercicio de la sublime virtud del trabajo, que es á un tiempo mismo, el elemento, origen y germen de toda riqueza.

Mal podian, pues, aquellos pueblos realizar el fin de la Economía, cuando de tal modo condenaban y contrariaban los medios de alcanzarlo: mal podian tambien descubrir y conocer una ciencia, de la que de tal modo desconocian y contrariaban los verdaderos principios y elementos.

Y al hacerlo, al fijar el estigma de «oprobio» sobre la noble frente del trabajo, allí donde la mano de todo un Dios escribió en caracteres celestiales «virtud;» no solo cometieron aquellos dos grandes pueblos una injusticia moral, si que tambien un insigne error económico, tanto mayor cuanto que la ley moral es, aun á los

ojos meramente de la razón, una parte integrante de la ciencia, como nos proponemos demostrar en el curso de nuestros modestos trabajos.

Lo que dejamos indicado, aparte de otras razones, explica suficientemente en nuestro sentir, el fenómeno del porqué, apesar del sibaritismo de aquellas sociedades, apesar de hallar en el goce de los placeres materiales el fin de las aspiraciones humanas; apesar de ese poderoso incentivo, alentado por la pasión, y sancionado por sus dioses, la ciencia que precisamente más se relaciona con esos placeres materiales, fuera hasta tal punto desconocida por ellas.

Mas anduvieron los tiempos; pasaron para la humanidad aquellos tristes días, en que el materialismo marcaba los horizontes de su vida: llegaron con la luz de la verdad la redención humana, la rehabilitación de la mujer, la santificación del trabajo: desaparecieron las razas, y rotas las trabas que ese materialismo imponía á la inteligencia, pudo esta remontar su vuelo esplendoroso por las regiones del espíritu.

Los pobres fueron y pudieron ser elevados hasta la excelsa gerarquía de los santos, y pudieron y debieron ser desde entonces deber y objeto de la solicitud y de la caridad de los hombres. La ciencia, pues, que en el orden humano cuidara de esto, pudo ser formada. Colbert, Sully, Bossuet, Serra y otros, al ocuparse de ello, señalaron sus principales escollos; y con todos estos antecedentes logró alcanzar Smith el hacer de la Economía una ciencia.

Ya hemos visto, sin embargo, que no se debe al economista inglés el descubrimiento del principio fundamental en que descansa la Economía como ciencia, de ser el trabajo el origen de toda riqueza. Lo que hizo fué demostrar, cómo y de qué manera se realizaba, y recopilar conocimientos esparcidos en la historia de la humanidad. De cualquier modo, y aparte de los errores de escuela en que incurriera, y en que efectivamente incurrió, á nuestro juicio, puede concedersele el galardón de haber sentado los fundamentos de la ciencia.

Posteriormente, plumas tan autorizadas como las de Say, Malthus, Mill-Culloch, Stroz, Droz, Sismondi, Villeneuve, Flores y otros varios, más ó menos acertadamente, se han encargado de difundir sus conocimientos, y de perfeccionar el edificio levantado por Smith. En nuestros días tambien los mas grandes ingenios se ocupan de ello; y sin embargo, cada día hay mayor divergencia en los medios que deben adoptarse para conseguir sus fines. ¿Será posible un acuerdo? ¿Estinguir la miseria será dable? ¿Será esta, ¡triste idea! necesaria para el orden social?

Hé aquí unas cuestiones, ante cuya profundidad é importancia desfallece el ánimo; pero sobre ellas, como sobre todas las demás,

seguiremos esponiendo nuestra humilde opinion, en nuestros sucesivos artículos.

JOAQUIN M.<sup>a</sup> BARBERÁN.

---

### EL PRIMER BESO.

---

Estático senti las armonías  
De las flores y el céfiro;  
Del pájaro que trina en la espesura,  
Del lago azul, donde se mira el cielo.

—  
La música sonora y regalada  
De la brisa y el viento;  
De las olas del mar y de la fuente,  
Que puebla el aire de sentidos ecos.

—  
Yo escuché las cadencias de la noche  
Con todos sus misterios:  
La sonrisa del claro y nuevo día,  
Los cantares, en fin, del Universo.

—  
Pero nada tan dulce y armonioso,  
Tan sublime y perfecto,  
Como el himno de amor que nuestros lábios  
Hicieron al formar el primer beso.

—  
J. RUIZ NORIEGA.

### A LA MARIPOSA.

---

Dí, pintada mariposa,  
De la luz en derredor,  
¿Porqué andas tan oficiosa?  
¿Es por lucir afanosa  
Tu matizado color?

---

¿Por eso aérea, fugitiva,  
Sutil, volátil, é inquieta,  
Rebotas veloz y activa?  
¿No penetras que es nociva  
Esa luz que te sugela?

—  
¿O sagaz has intentado  
Dar mil vueltas á porfía,  
Para que el hombre aplicado  
Salga bien alicionado  
En reglas de geometría?

—  
Ya formas línea espiral  
Junto al cuerpo luminoso;  
Ya es oblicua, horizontal,  
Ya angulosa, vertical,  
Ya es círculo globuloso.

—  
¿O es que de vivir cansada  
Buscas la luz sin sosiego,  
Y en la ardiente llamarada  
Quieres morir abrasada  
Con su resfulgente fuego?

—  
Si lo primero apeteces,  
No es más que una pompa vana;  
Y si al orgullo dás creces,  
Tú verás cómo perezces,  
Cuando te halles más ufana.

—  
Si á lo segundo tu afán  
Consagras y tu inquietud,  
Los hombres imitarán  
Tus reglas, y admirarán,  
Mariposa, tu virtud.

—  
Si lo tercero, es locura;  
Si á la luz tienes amor,  
Y de ella esperas ventura  
Hallarás tu sepultura,  
Cuando te queme su ardor.

Que todo lo hermoso y bello  
 Nos convida con amaño  
 Por su mágico destello,  
 Y graba en la frente un sello  
 Que publica un desengaño.

Dí lo que intentas por fin  
 Ante esa llama encendida;  
 Y sino véte al jardín,  
 Y de la rosa al jazmin  
 Pasarás alegre vida.

Y yo elogiaré entre tanto  
 Tus matizados colores  
 Con mi poético canto;  
 Cuando en el vergel tu encanto  
 Envidien aves y flores.

Que tu ala de terciopelo,  
 Dó está la luz reflejando,  
 Es de primores modelo;  
 Y que descendió del cielo  
 Iré al mundo publicando.

J. M. LOPEZ.

## BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

Hace ya algun tiempo que tenemos pendiente con nuestros lectores el deber de darles noticia puntual de las obras remitidas á esta redaccion por sus autores ó editores. Esperamos así mismo que estos nos dispensarán el retraso en el cumplimiento de esta obligacion, debido á la interrupcion con que se pública nuestro periódico y á la abundancia de original.

Por precision hemos de ser muy sucintos, limitandonos á hacer un ligero resúmen de las obras recibidas, porque el atraso y las dimensiones de EL ATENEO LORQUINO no permiten mas que indicarlas por el órden que han llegado á nuestra redaccion.==

MORAL INFANTIL.—Páginas en verso, por D. Manuel Ossorio y Bernard.—Esta preciosa obrita, llena de bellisimos pensamientos, y en la que resplandece la moral mas pura, contiene una

coleccion de fábulas y otras composiciones históricas ó tradicionales, y cien fragmentos morales, que vieron la luz pública en la interesante revista *Los Niños*. La precision y pureza del lenguaje, la sencillez de los conceptos, al alcance de las tiernas inteligencias, para quienes el autor ha escrito esta obra; la novedad de algunas fábulas, como la titulada *El Peon*; la ternura y sentimiento que rebosan otras composiciones, como *Los Niños Mendigos*, *La Caridad*, *El Cantar de Noche-Buena*; y principalmente los oportunos pensamientos de las poesías morales, hacen este libro agradable é instructivo en sumo grado, y no vacilamos en recomendarlo eficazmente á los encargados de la enseñanza de los niños, para que los aficionen á su lectura, sin que deban por esto desdeñarlos los amantes de las letras, que no podrán menos de reconocer el sentimiento y galanura con que está escrito.

**NOVISIMO DICCIONARIO FESTIVO**, por el mismo autor, con la colaboracion del malogrado poeta Rafael Tejada.—Esta obrita abunda en chistes de buen gusto, y está redactada con soltura y facilidad. Escrita sin pretensiones, como dice el Sr. Ossorio en la carta-prólogo, llena completamente su objeto de hacer pasar al lector un rato agradable, y justifica el merecido éxito que ha alcanzado.

**BOSQUEJOS HISTÓRICOS**: Estudios populares sobre las principales épocas de la historia de la humanidad, por J. Guillaume, traducidos por D. G. Omblaga, doctor en Ciencias.—No puede desconocerse la aficion que se ha despertado en nuestra patria por los estudios filosóficos, y el afan con que hombres laboriosos e inteligentes procuran dar á conocer en España el movimiento intelectual del extranjero. La Sociología es una de las ciencias filosóficas de mayor aplicacion y trascendencia, y es sin duda alguna laudable el propósito de la *Biblioteca Científica Popular* de difundir y propagar estos conocimientos. La obra de M. Guillaume, con que inaugura la serie de sus trabajos, aun cuando no nos parezca la mas acertada dentro del mismo fin que se han propuesto los iniciadores de este pensamiento, ni estemos conformes con muchas de las opiniones de su ilustrado autor, se recomienda por la precision de sus conceptos y claridad de método, sin que podamos indicar siquiera nuestra opinion sobre su conjunto, pues aun no está terminada. El primer tomo publicado comprende el estudio de los orígenes del hombre y el de las primeras civilizaciones, deteniendose el autor en el exámen de la India, China y Egipto y de las razas semítica y tourania.

A. G.

(Se continuará.)